This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

University Libraries
126 584 783

BIBLIOTECA «TEATRO URUGUAYO» N.º 1

CORTINAS

P23-68

EL CREDO

COMEDIA EN UN ACTO

R PREMIO EN EL CONCURSO DRAMÁTICO
DE AUTORES URUGUAYOS

PQ
8519
C5848
C74
1908
SAL

STANFORD
LIBRARIES

O. M. BERTANI — EDITOR
1908

TALLERES GRÁFICOS «EL ARTE», DE O. M. BERTANI
RECONQUISTA, 195

EL CONCURSO DRAMÁTICO

VEREDICTO DEL JURADO

En Montevideo, á 18 de Setiembre de 1908, reunidos en la Secretaría del «Teatro Urquiza» los infrascritos, miembros del tribunal del Concurso de Autores dramáticos nacíonales, con el objeto de dar cumplimiento á su cometido, señalando las tres obras qne en su concepto sean acreedoras de premio entre las que fueron seleccionadas para representarse, resolvieron:

Otorgar el primer premio á la obra intitulada *El Credo;*

El segundo premio, á la intitulada *Cabecita loca;*

El tercer premio, á la intitulada *¡ Pobre hombre!*

Procedióse enseguida á abrir los sobres correspondientes á las obras premiadas, á fin de conocer los nombres de sus respec-

tivos autores; resultando ser autor de *El Credo* el señor don Ismael Cortinas; de *Cabecita loca,* el señor don Luis Scarzolo Travieso; y de *¡Pobre hombre!* el señor don Nicasio Bahrens.

Se acordó manifestar en esta acta que el limitado número de premios establecido en las bases del concurso, impide al jurado recompensar, como fuera su deseo, el meritorio esfuerzo que reconoce en otras de las producciones presentadas.

Resolvióse, por último, que las tres obras que han sido objeto de premio se representen conjuntamente en la noche del 19 de este mes, leyéndose en el mismo acto el presente veredicto, que firman en Montevideo, fecha ut-supra.

José Enrique Rodò — Víctor Pérez Petit — Samuel Blixén.

PERSONAGES

ADOLFO (30 años). Futuro médico. Positivista y apasionado de la verdad. Casado con
CLARA (25 años). Sensible, ingénua y enamorada. Avara de su dicha. Hija de
MERCEDES (50 años). Creyente sincera, pero fanática. Siempre en acción de gracias.
ALICIA (20 años). Simpática, espiritual, con malicia inocente.
MARÍA (28 años). Buena y amable. Casada con
ALBERTO (35 años). Sensible, sentimental. Recita versos.
DOCTOR SUAREZ (70 años). Eminencia científica. Espíritu ámplio y tolerante. Afectuoso y sonriente.
PETRA (Criada).
LULÚ (Niño de tierna edad).

—

Época actual. La acción en Montevideo.

El Credo

(Decoración: Salita de recibo y costura.—Alfombra al medio.—Al foro, puerta practicable.—Cerca de ésta, una cuna de pié, con blancos cortinados.—Izquierda (del espectador) ventana-balcón, practicable, con visillos.—Un diván, dos butacas, varias sillas.—Derecha, puerta practicable.—Cerca una mesita con una canastilla de costuras y lámpara con pantalla rosada.—Dos sillas tapizadas á ambos lados de la mesa.—Algunos cuadros y bronces.—Elegancia sin lujo.—Es de tarde.—Luz crepuscular.)

ESCENA I

Clara y Alicia

CLARA—(De pié y contemplando un ramo de flores) ¡Ah... precioso, precioso! Te agradezco muchísimo.

ALICIA—Están un poco mustias. Ya pasó la estación.

CLARA — ¿Vienes de la quinta? (Coloca el ramo en un florero).

ALICIA — Callate hija! Estoy rendida de la caminata: Figúrate que salí enseguida de almorzar, para venir á verte (siéntase), pero llegué un momento por lo de Luisa á ver á las muchachas y... me alquilaron la tarde.

CLARA — (Con intención) Si... las muchachas... es claro!

ALICIA — No seas maliciosa. Pepe no estaba. Sabrás que se ha dado á los negocios y que va á la Bolsa. ¡Es una preocupación! Con decirte que á mi me tiene al corriente de la primera rueda, la segunda, la suba, la baja, el plazo fijo,... ¡que se yo!

CLARA — ¿Qué plazo fijo? ¿Se decidió al fin?

ALICIA — Oh... Lo que es ese otro plazo no lo preocupa tanto. Siempre hay prórroga. Que más remedio, hija, hay que conformarse y no exigir nada al vencimiento, porque con la mayor frescura se declaran *insolventes*. Mirá la pobre María Angélica: diez años de amores y de pronto sale el caballerito con que... no congeniaba. ¿Has visto que cinismo? Cada día me parecen los hombres, más sinvergüenzas.

CLARA — Hay excepciones.

ALICIA — [illegible] es tu no puedes quejarte. Adolfo te quiere, te mima, te hace los gustos. Es la felicidad completa.

CLARA — Si, lo confieso: soy feliz. He encontrado mi rincón de dicha.

ALICIA — ¿En la luna de miel?

CLARA — Y.. después. Es la vida nueva...

ALICIA — ¿Pero hablas en serio? ¿*Todavía* estás enamorada?

CLARA — Si, pero no solo de Adolfo. De nuestra vida, del nene, de la casa, de todo y de nada y... hasta de mi misma.

ALICIA — Estás loca, mujer.

CLARA — Ya lo estarás tu también.

ALICIA — Bah. Me parece que aún me queda un buen rato de soltería: allá. . para Setiembre. Ya sabes lo raro que es Pepe. Sin embargo, algo me ha dicho y por eso ya estoy preparando el *trousseau*. Va á ser algo regio. Porque eso sí, yo quiero llevar al matrimonio, bastante ropa, mucha, mucha ropa

CLARA — ¿Tanta... como ilusiones?

ALICIA — Más... mucho más.

CLARA — Ah...! ¿Tu te preparas el ajuar?

ALICIA — No; las Hermanas del Asilo. — De allí vengo y por cierto que he presenciado unas escenas! Estaban esperando á las de los huérfanos que las han

echado á la calle; como suena: á la calle.. ¡Figúrate que heregía!

CLARA — ¡Pobrecitas!

ALICIA — Después, después. pensaba ir al Prado, pero fuí á la Matriz donde predicaba el padre Romero. — Por cierto que se las cantó bien claritas. .. Enseguida salieron en manifestación. — Aquello era un mundo de gente! — Seguro, que tu no fuiste, por Adolfo.

CLARA — Fué mamá. — El nada me ha dicho.

ALICIA — Como también tiene ideas.. así... liberalotas...

CLARA — Pero es muy bueno... y tranquilo.

ALICIA — Sí, pondéralo, no más... Boba! (Con mimo).

CLARA — Envidiosa. (Suena el timbre de calle).

ALICIA — Ahi tienes. ¿Será él? (De pié).

CLARA — No, está en el escritorio, leyendo. — (Vá hasta la puerta del foro). Espérate, no te vayas.

ESCENA II

Dichos, Alberto y María por el foro

CLARA — Adelante, adelante. ¡Cuanto de bueno! (Abraza y besa á María con efusión). ¿Como te va?

MARÍA — Muy bien querida

CLARA — Usted Alberto... me figuro. (Le estrecha la mano).

ALBERTO — Ya nos vé... de paseo.

CLARA — ¿Se conocen ustedes? (Por Alicia).

ALICIA — Sí somos vecinos. — Hoy salimos juntos.

ALBERTO — Es verdad.

CLARA — Bueno, bueno. Vamos á hacer tertulia frente al balcón porque se está poniendo algo oscuro. (Frente á una butaca). Tu aquí Alicia. (A un diván). Ahí la simpática pareja, la inseparable, la dichosa, ¿verdad?

(Siéntanse todos menos Clara. Por el balcón entran los últimos resplandores de la tarde. — Alberto y María hablarán pausadamente, con gesto melancólico).

ALBERTO — ¿Tu que dices, María?

MARÍA — Nada... y tú?

ALBERTO — Yo... nada, tampoco.

CLARA — ¿Pero que les pasa á ustedes hijos mios, tienen unas caras...!

ALICIA — Verdad que es estraño.

ALBERTO — Es esta... que se ha impresionado.

MARÍA — No, es él.

ALBERTO — Tú.

MARÍA — Tú.

CLARA — Bueno; los dos. Y que ocurre! Vamos á ver...

ALBERTO — Nada.

MARÍA — (Pausa) Nada.

ALICIA — Nada (con intención).

CLARA — ¿Çavilaciones?

ALBERTO - Eso es. El Otoño, la tarde, las hojas que caen...

CLARA — ¿Melancolías eh? Parece mentira, en plena primavera conyugal.

ALBERTO — Primavera, sí,... pero sin flores.

MARÍA — Cállate, Alberto.

CLARA — (Va á tomar el ramo). Pues vean Vds., aquí hay flores. — Es un regalo de Alicia. — Están frescas todavía. Una rosa (á María)... Otra (á Alberto)... para tí un pimpollo... (á Alicia). Ahora no hay que quejarse. (Deja el ramo en el mismo sitio y descorre los visillos de la ventana. Mientras tanto Alberto y María, habiendo mirado hacia la cuna, sonrien).

ALBERTO — ¿Y el nené?

MARÍA — ¿Muy travieso Lulú?

CLARA — De paseo. — ¿Qué les parece?

MARÍA — Pero.. ¿Ya camina?

CLARA — No, todavía no. — Lo mandé con la sirvienta hasta lo de Lola. La pobre no puede salir y quería conocerlo. — Además el médico y Adolfo me recomiendan que le haga tomar aire. — Después del terrible susto que nos dió! Porque estuvo á la muerte, gracias al Dr. Suárez...

ALICIA — Pero que manos de hombre... hace curas milagrosas... Es un sabio!

MARÍA — Que tribulaciones, ya me figuro.

CLARA — ¡Oh!... que noches de angustias! Ya debía estar aquí. Estas muchachas se demoran por ahí y lo ponen á uno intranquilo. (Va hasta el foro y regresa).

ALBERTO — Hay que cuidarlos mucho, Clarita.

MARÍA — Si hija. Ten cuidado.

CLARA — ¡Oh! — lo que es por eso! Bastante trabajo me dá (Pausa. — Oyense de pronto aplausos y vítores desde la calle. Voces de manifestación. — Alicia levanta los visillos y Clara se dirige hacia ella). ¿Qué hay, que ocurre?

ALICIA — La manifestación que acompaña á las hermanas del Huerto. — Viene de la Iglesia. ¡Cuánta gente!

CLARA — Ah... Mira, allí vá la hermana Inés y la superiora. — Pobres... tan resignadas! Miren Vds.

ALICIA — Venga María (á Alberto) Vd. no; porque los hombres para ser modernos tienen que hacer estas heregías. — ¡Que valientes! (Alberto y María permanecen sentados).

ALBERTO — Se equivoca, Alicia. Nosotros ya habíamos visto la manifestación. — La saludamos sí, con respeto y hasta con honda tristeza.

CLARA — ¿Pero... usted no es liberal?

ALBERTO — No profeso creencias religiosas; pero la suerte de esos pobres niños...! Ahí tiene Vd. que hablaba de primaveras: esas son flores de Otoño, tal vez hojas que ruedan...

ALICIA (Sentándose) Vuelta á lo mismo.

CLARA — ¡Ah... recien me doy cuenta de la preocupación de ustedes! (Retirándose del balcón) ¡Es claro! Aun no ha llegado el tesoro. No hace tanto tiempo...

ALBERTO — Cinco años.

MARÍA — Cinco años.

CLARA — Ya vendrá. Pero no pongan Vds. cara tan triste, porque va á asustar el angelito. — Ahora, comprendo la impresión aquella! El Otoño, las hojas...

ALBERTO — Ya ve Vd. el contraste. — Unos reciben la preciosa carga y la abandonan, la tiran al arroyo. — Otros en cambio, consumen su ternura y el tesoro no llega...

CLARA — Bueno, bueno. Lo que Vd. ha conseguido es ponerme nerviosa, porque mi tesoro no llega tampoco. (Va otra vez hacia el foro. Habla con intranquilidad. — La escena es de crepusculo. — Hay muy escasa luz, como si ya el sol se hubiera ocultado. — Al pronunciar Clara, las últimas palabras, ve á Adolfo que sale por la derecha, con un libro abierto en

... por entretenerse me va á dar algún disgusto. — Parece mentira, ya son las seis...

ESCENA III

Dichos y Adolfo por la derecha

CLARA — Adolfo.

ADOLFO — ¿Visitas?

CLARA — Alberto y María.

ADOLFO — Ah, no esperaba encontrarlos. (Deja el libro sobre la mesa y saluda, dando la mano). Yo estaba entregado á mis lecturas esperando á mi viejo profesor cuando sentí una algazara en la calle y por curiosidad...

ALICIA — ¡Que estudioso!

MARÍA — ¿Termina este año medicina?

ADOLFO — Sí, pero no estaba precisamente estudiando.

ALBERTO — ¿Qué leías?

ADOLFO — Un capítulo hermosísimo.

CLARA — (Desde el foro) ¡Cuanto tarda!

ALICIA (Desde la ventana) Ya se van, ya se van. (Oyense nuevamente aplausos y voces. Alberto va hacia la ventana y mira hacia la calle. Alicia se sienta junto á María).

ADOLFO — ¿Esos gritos y aplausos?

ALBERTO — La manifestación de simpatía á las Hermanas que hacían de profesoras en los asilos y han tenido que abandonarlos por haberse adoptado la enseñanza laica

ADOLFO — Es una justa expresión laudatoria de los creyentes.

ALICIA — Me alegro verlo así.

ADOLFO — Creo que siempre he sido razonable. Yo justifico la resolución adoptada. La caridad no se ejercita con sermones; los niños no se educan con rezos. Pero eso no quiere decir que no justifique también el abrazo con que la fe religiosa estrecha á sus más sinceras devotas.

MARÍA — De modo que Vd?

ADOLFO — Ya lo he dicho. Es doloroso lo ocurrido, muy doloroso, pero es profundamente justo. — Es un desagravio al porvenir. (Sin declamar)

CLARA — Adolfo, Adolfo; no hables así.

ADOLFO — No podría hacerle de otro modo. Bien me conoces. — Bien sabes de mi tolerancia y del respeto que me inspiran esas pobres víctimas que todo lo sacrifican en aras de su fe; pero sabes también de mis convicciones sinceras.

CLARA — Se exagera á veces.

ALICIA — Como todos: está de moda.

ADOLFO — No, señorita. Las ideas no son trajes que se ajustan al último figurín.

ALBERTO — ¡Quien sabe!

ADOLFO — En ti, no es extraño. Siempre fuiste un elegante.

MARÍA — Ahora se compra la ropa hecha.

ADOLFO — Es más cómodo.

MARÍA — Y más barato. (Clara va nuevamente hacia el foro).

ALBERTO — No me hagas reproches. Recordarás que también tuve exaltaciones de reformador. Pero no conservo los primeros bríos y me encuentro en un período de transición. Tengo miedo del porvenir. — Y hasta me he vuelto sensible, sentimental.

ALICIA — ¿Hace versos?

ALBERTO — Les pongo música. — ¿Qué será mejor?

ALICIA — Ah... yo no sé (á María) ¿Y Vd. señora también por las melodías?

MARÍA — Algo... el contagio. (Simulan diálogo).

ADOLFO — (Va hacia la cuna é interroga á Clara que se acerca) ¿Y el nene?

CLARA — Estoy preocupada. Lo mandé hasta lo de Lola y...

ADOLFO — ¡Clara!

CLARA — Tú mismo y Suárez, aconsejaron que tomara aire puro. — No puede demorar.

ADOLFO — Eres muy confiada. (Pausa. — Adolfo interroga á Alberto que ha quedado como ensimismado mirando hacia la calle). Pero Alberto: ¿qué miras con tanta insistencia...?

ALBERTO — La última despedida de las Hermanas. — Apenas se ven sus tocas, tan limpias, tan blancas... Es como una claridad que se esfuma...

ADOLFO — ¡Por qué ha de esfumarse! Brillará mejor aún.

ALBERTO — Se esfuma, sí, se esfuma...

ALICIA — Ahora si que está Vd. poniendo música.

ALBERTO — Tal vez, estoy recordando.

ALICIA — ¿Qué?

ALBERTO — Unos versos que siempre me impresionaron.

ALICIA — Ah.. la tarde, el otoño, las hojas...

ALBERTO — Eso, sí... (Con melancolía) eso: «Pensarán en las hojas dolientes, que ruedan solitas por plazas y calles: las madres sin hijos, los hijos sin madres...»

ALICIA — Deben ser muy tristes.

ALBERTO — Oh...

ADOLFO — Pero estamos casi á oscuras...

MARÍA — Sí, ya es tarde.

ESCENA IV

Dichos y Petra por el foro, con un niño en brazos

CLARA — (Al ver á la sirvienta va hacia ella, toma al niño entre sus brazos y lo besa con grandes transportes. — La escena se alegra. — Los diálogos son más rápidos y las expresiones más ruidosas). — ¡Al fin Dios mío, mi hijito!

MARÍA — ¡El nene!

ADOLFO — Ya estaba intranquilo.

CLARA — Parece mentira, demorarse por ahí hasta estas horas.

PETRA — Es que la señora...

ADOLFO — Déjate de disculpas... Enciende luz.

ALICIA — ¡Qué ricura! ¡Qué monada! (Todos forman un grupo en rededor de Clara).

CLARA — Es lindo, verdad?

MARÍA — Precioso, hija, precioso.

CLARA — Ahora tiene buen color.

ALICIA — Ya lo creo.

CLARA — Miren, cómo se ríe.

MARÍA — ¿Estás contenta?

CLARA — ¿Cómo no? (Petra ha encendido la luz. Todos ríen y demuestran alegría).

ALBERTO — Eso es; mucha luz. — Hay que ilu-

minar la llegada de este pergenio. (A Adolfo) Sabes que está grandecito.

ADOLFO — Sí, se está reponiendo el pobre. (Mutis de Petra).

ALICIA — ¡Qué ojazos más negros! (A Adolfo). Se parece á Vd.

MARÍA — Igualito á Clara, hija.

ADOLFO — A mí.

CLARA — No, á mí.

ALBERTO — A ver: ajó, a..jó... ajó... Diga alguna cosa, pues amigo.

CLARA — Si no sabe hablar.

ALBERTO — Yo creo que entiende, porque se ríe.

ALICIA — ¡Qué gracioso!

MARÍA — ¡Qué pícaro!

CLARA — Pobrecito... Toda la tarde por ahí; voy á arreglarlo y á la cuna... (Clara se dirige á la cuna seguida por Alberto y María. — Allí mientras aparentan desnudarlo, pronuncían distintas palabras: «no, así no», «tú no sabes» «sí», «del otro lado», «cuidado, cuidado etc.» Con naturalidad y ternura. Mientras, el siguiente diálogo).

ALICIA — Qué trabajo ¿eh?

ADOLFO — ¡Oh... vaya viendo.

ALICIA — ¿Yo? ¿Por qué?

ADOLFO — No es secreto.

ALICIA — ¿Cuál?

ADOLFO — Me han dicho que pronto tendremos boda.

ALICIA — No, que esperanza.

ADOLFO — Pues, es muy cierto.

ALICIA — ¿Le parece... Hay para rato.

CLARA — Ahora, sí: ya está.

ALBERTO — Bueno, María; es hora de marcharnos (Toma el sombrero y el bastón).

MARÍA — Cuando quieras.

ALICIA — Y yo con Vdes. Viaje de ida y vuelta.

CLARA — ¿Por qué no se quedan?

ALICIA — A mi me esperan (Besando á Clara) Pronto vendré á verte.

ADOLFO — ¿Y á Vds. también?

ALBERTO — No; nuestra casita quedó sola...

MARÍA — Sola. . Adiós Clara. (La besa).

ALBERTO — ... y no es bueno abandonarla.

ALICIA — ¿Tiene miedo á las hojas, señor poeta... ó músico?

ALBERTO — Ahora no. Llevamos un poco de calor á vuestra soledad.

ALICIA (Poniéndose el abrigo) Pues está bastante fresco.

ADOLFO — ¿Con qué calorcito, eh?

ALBERTO — Sí; el del nido ajeno. (Van hasta el foro y se despiden. Saludos y manifestaciones de afecto.

MARÍA — Vamos, Alberto.

ALBERTO — Vamos.

CLARA — Adiós... A ver, cuando vuelven.
ADOLFO — Adiós.
ALICIA — Hasta pronto.

ESCENA V

Clara y Adolfo

CLARA — A pesar de sus quejas, son dichosos.
ADOLFO — ¿Lo crees tú?
CLARA — Sí.
ADOLFO — ¿Tanto como nosotros?
CLARA — Eso no. Ellos revolotean como pájaros viajeros. — Nuestro mundo es más reducido, pero más hermoso, ¿verdad?
ADOLFO — Sí, Clara mía. — (Siéntanse en un bis á bis dialogando amorosamente).
CLARA — Con que envidia contemplaban á Lulú.
ADOLFO — A nuestro hijo.
CLARA — Celoso. — Si vieras lo inteligente que es. — A veces se queda pensativo mucho rato y sus ojitos miran al cielo, como si resolviera un problema muy grave.
ADOLFO — Son cosas tuyas.
CLARA — Te digo que no. — A mi se me ha

Ministro, Presidente.

ADOLFO — No, no; nada de política. — El chico es muy serio para dedicarse á esas cosas.

CLARA — Por lo menos doctor. — Eso sí, *doc... tor.*

ADOLFO — Tanto da.

CLARA — ... El doc...tor Luis Alvarez Soto. Porque también llevará mi apellido!... Dr. Alvarez Soto. Suena bien, ¿eh? Te va á hacer competencia.

ADOLFO — Ya estaré viejo para entonces. (Transición) Pero no te preocupes; elegirá la carrera que más le guste; quien sabe no resulta poeta, literato...

CLARA — No, no!

ADOLFO — ... periodista, matemático...

CLARA — Tampoco,

ADOLFO — Tal vez le dé por ser filósofo, militar, hasta cura puede ser! Si se empeña.

CLARA — No.

ADOLFO — Qué más quieres? Te hará el gusto... será Ministro y... doctor.

CLARA — Si, si. Pero por qué ha de ser él? Hay tantos niños por ahí. Yo quiero que triunfe. (Con orgullo).

ADOLFO — Comprendido; pensamos igual (Con sinceridad) También le quiero fuerte ani-

moso, luchador, abriéndose paso como yo con su energía constante. Nada de misterios, calvarios ni valles de lágrimas. Que ame la vida, que oficie junto á ella, con voluntad tenaz, con plena conciencia de su deber; sano de cuerpo y de espíritu, sin cobardías, sin prejuicios. Así le quiero ver. (Pausa)

CLARA — Eso... ya es otra cosa.

ADOLFO — ¿Por qué?

CLARA — No me gustaría que fuera tan descreído como tú. No sería feliz.

ADOLFO — ¿Y no lo soy yo?

CLARA — Desagradecido; por que yo rezo por ti.

ADOLFO — Ah. — Lo harás también por él.

CLARA — Le enseñaré, será mejor.

ADOLFO — ¡Hum...! (Gesto de duda).

CLARA — Me figuro que no te opondrás. También nos casamos en la Iglesia.

ADOLFO — No me lo recuerdes. Fuí cobarde por tu culpa, porque te quería locamente, ciegamente. Entonces hubiera llegado á todo por ti...

CLARA — ¿Y ahora?

ADOLFO — Es distinto Clara. Ahora ya no se trata de nosotros.

CLARA — Entonces: ¿por qué lo hiciste?

ADOLFO — No me lo recuerdes, te digo. No tienes derecho. No pretendas confundir

debilidad del pasado, con un sacrificio realizado por ti, sólo por ti. Sería el peor obstáculo para nuestra felicidad. Piénsalo bien, Clara.

CLARA — (Rodeándole el cuello con el brazo) No es para tanto. ¿Ves como hasta ahora no hemos tenido ninguna diferencia? Nuestro cariño nos salvará de todo.

ADOLFO — Eso, eso es lo que quiero. Que nuestro amor nos proteja, de todos los peligros, de todas las tristezas, de todas las desesperanzas. Y que proteja también á nuestros hijos.

CLARA — Si no hay más que uno.

ADOLFO — Vendrán más.

CLARA — ¿Tú qué sabes?

ADOLFO — Uno solo que sea; es la prolongación de nuestra dicha, nuestro único tesoro. Cuidémoslo mucho.

CLARA — Cállate, nada tenemos que envidiar.

ADOLFO — Ahora, si estoy contento. Nada ni nadie podrá interrumpir nuestra felicidad. ¿Me querrás siempre?

CLARA — Inocente! ¿Quieres que te lo jure? (Besa un crucifijo que lleva colgado al pecho). Por este.

ADOLFO — Ah... un crucifijo! Todavía dura el desagravio!

CLARA — Sí.

ADOLFO — Pues aun sin jurar te creo... porque te quiero. (La besa con ternura. Mercedes desde la puerta del foro tose intencionalmente.) si te quiero.

CLARA — Adolfo!

ADOLFO — Me lo debías.

CLARA — Me parece que olvidas la cuenta.

ADOLFO — ¿Te disgusta?

CLARA — ¡Bobo!

ESCENA VI

Dichos y Mercedes por el foro

MERCEDES — (Con traje de calle. Un libro de misa y rosario en la mano. Además medallitas y escapularios). Buenas tardes.

CLARA — Mamá, ¿qué te has hecho en toda la tarde?

ADOLFO — Muchas visitas, señora?

MERCEDES — No.

ADOLFO — Entonces, ha sido largo el oficio.

MERCEDES — Más largos debían de ser. Es una verguenza lo que pasa; si señor una verguenza.

ADOLFO — ¿Pero qué ocurre?

MERCEDES — ¡Ah... no sabe; hágase el inocente! ¡Los hombres de talento! Si no saben otra cosa!

ADOLFO — Tiempo malo.

MERCEDES — Tiempo malo, sí; tiene Vd. razón. Tiempos de corrupción y de heregía. Ya no se siente nada, no se cree en nada, no se quiere nada. Es una falta de respeto y consideración. Acabarán por convertir esto en un infierno.

CLARA — No se altere así.

ADOLFO — Tenga calma señora; serene su espíritu. Seguro que Vd. ha estado de manifestación He ahí lo que ha conseguido.

MERCEDES — He estado, sí. Y si no fuera por su culpa, esta hubiera ido también.

ADOLFO — Eso es injusto. ¿Te he dicho algo Clara?

CLARA — No, mamá; nada me ha dicho.

MERCEDES — Pero te estás contagiando. Muy bien que antes salías conmigo.

CLARA — Y ahora también.

ADOLFO — Porque Vd. la llevaba.

MERCEDES — Para eso soy su madre.

ADOLFO — Como Vd. quiera; pero no veo motivo para...

MERCEDES — Cuando se ha visto lo que está pasando? Ni la caridad respetan. Empezaron por sacar los crucifijos del

hospital. Ahora las Hermanas de los asilos.

ADOLFO — Son otros tiempos.

MERCEDES — ... ¡Otros tiempos! Sólo falta que entren á las casas á imponer su voluntad.

ADOLFO — ¿Le parece que falta?

MERCEDES — Pero se equivocan. No hemos de permitir que se mofen de cosas que siempre fueron sagradas. Toda la vida.

ADOLFO — ¡Toda la vida!

CLARA — Bueno. Tú sabes que te queremos y te respetamos, ¿verdad, Adolfo?

ADOLFO — Es claro. Cada uno con sus ideas y sus creencias.

MERCEDES — Y entonces ¿por qué le prohibe que vaya á confesarse?

ADOLFO — Porque... hemos convenido confesarnos mutuamente. ¿No es eso?

CLARA — Es verdad.

MERCEDES — Cállate. No te das cuenta del despojo de que eres víctima. Bien lo he notado.

ADOLFO — No señora, aquí no hay despojos. Lo que hay, es cariño y sinceridad que es lo que debe haber en un hogar honrado. (Transición). Vd. sabe que participa de ese cariño y se queja de satisfecha. (Suena el timbre de calle).

MERCEDES — Sí, palabras muy bonitas.

ADOLFO — Vamos, hay que tener calma.

CLARA — Adolfo. (Nerviosa.) Han llamado.

ADOLFO — Tal vez el Dr. Suárez, Me avisó que vendría á buscarme para ver á un enfermo grave.

CLARA — ¿No vendrás á cenar?

ADOLFO — Sí; tendremos tiempo.

ESCENA VII

Dichos y Petra desde el foro

PETRA — Señor, lo buscan.

ADOLFO — ¿Quién es?

PETRA — Un joven. Dejó esta tarjeta.

ADOLFO (Leyendo) Julio Ramos. Que pase al escritorio.

PETRA — Está bien.

ADOLFO — Vuelvo enseguida y... espero se habrá serenado un poco. Vamos á hablar juiciosamente.

CLARA — No demores.

ESCENA VIII

Mercedes y Clara

MERCEDES — (Después de una pausa) Ahí tienes, burlándose.

CLARA — No, Adolfo no es capaz.

MERCEDES — ¡Oh también se deja seducir! Grandes ideas! mucho talento y son capaces de negar á Dios. Así pasan la vida descreídos, aburridos. Lo que han hecho con los niños del asilo! ¿Qué va á ser de ellos; abandonados! Y tú puedes ir pensando en el tuyo.

CLARA — Qué! ¿Qué dices?

MERCEDES — Si no sabes imponerte, si no sabes inculcarle á tiempo tus creencias, que son las de tus padres y fueron las de tus abuelos, ya verás, ya verás. Toda la tradición de la familia está en tus manos.

CLARA — ¿Y qué quieres que haga?

MERCEDES — Cumplir con tu deber, enseñando lo que te enseñaron á ti. Hoy lo dijo bien claro el padre Romero: corren peligro los hogares y hay que prepararse. (Transición) Quedó resuelto que á la hora de la oración se le pongan en el pecho á los niños estas medallitas y escapularios, en desagravio á lo que han hecho con los de los asilos. Yo le arreglaré unas cintitas y se los pondré luego, antes de ir al sermón.

CLARA — Ah..

MERCEDES — Y es necesario que te preocupes de este inocente. Si tú has sido buena es porque supe inculcarte la fe reli-

giosa y educarte en el temor á Dios. Sin embargo, estás cediendo demasiado

CLARA — Por nuestra dicha, por nuestra felicidad. Yo los acompaño con mis oraciones.

MERCEDES — No basta con eso. Ahora se trata de tu hijo y tienes que ser más resuelta si no quieres verlo condenado. Es tu hijo y nada ni nadie puede impedirte que prepares su conciencia religiosa.

CLARA — Bueno, mamá. Cuando esté más crecido...

MERCEDES — No. Antes que el niño sea mayor y ande en buenas ó malas compañías y se entregue á lecturas peligrosas, que aprenda á ser buen cristiano.

CLARA — Está bien, se hará como tu quieras.

MERCEDES — Inocente... tan bueno! (Se acercan á la cuna).

CLARA — Mi hijito. ¿Está lindo, eh?

MERCEDES — Ya lo creo... y dócil.

CLARA — Sí... dócil.

MERCEDES — Ya verás que pronto aprenderá tus oraciones. Lo primero «El Credo».

CLARA — «El padre nuestro»... es más corto.

MERCEDES — No. Que se vaya acostumbrando á decir «creo en Dios» y á saber donde está. Mira, mira. (Inclinándose sobre la cuna).

A ver, buena pieza. Levante esa *manito*. Allá está Dios... en el cielo. (Adolfo aparece por el foro.

CLARA — ¡ Qué serio se pone !

MERCEDES — Arriba... en el Cielo. Allá está Dios.

ESCENA IX

Dichos y Adolfo

ADOLFO — ¿ Qué ? ¿ Qué es eso ? Pero Clara, Clara.

CLARA — Estábamos entreteniéndolo... jugando, no tiene sueño.

ADOLFO — Eso no está bien. Tú no sabes mentir y te traicionas. ¿ Por qué te ocultas para hacer eso ?

CLARA — Adolfo ! (Va hacia él).

ADOLFO — Parece mentira. (Pausa).

MERCEDES — Al fin y al cabo es su hijo ; hace perfectamente.

ADOLFO — No. Es nuestro hijo.

MERCEDES — Supongo que no le negará su derecho.

ADOLFO — ¿Su derecho?

MERCEDES — Sí. Que lo eduque como yo la eduqué á ella.

ADOLFO — Señora : yo no quisiera discutir es-

tas cosas con Vd. Se los respetos que le debo.

CLARA — Sí; no discutan. No hay necesidad. Después hablaremos...

MERCEDES — Mirá hija: Cuando llega la ocasión, lo mejor es decir las cosas bien claras...

CLARA — ¿Pero por qué? (Siéntase acongojada frente á la cuna).

ADOLFO — Tenía que suceder! Bueno: ¿qué son esas cosas que Vd. tiene que decir? Ya escucho. (Siéntase junto á la mesa y enciende un cigarrillo).

MERCEDES — Que el deber de Clara, es ir preparando la educación religiosa de su hijo.

ADOLFO — ¡Su deber!

MERCEDES — Sí, su deber. ¿Pretende Vd. que el niño no tenga creencias ni temores? Tiempo tendrá cuando sea hombre de hacer lo que le dé la gana. Pero entonces todas las responsabilidades serán suyas.

ADOLFO — Me interesa eso de... las responsabilidades. Continúe.

MERCEDES — Ya lo he dicho. Y no veo porque Vd. ha de oponerse á que se le prepare en la doctrina cristiana para elevar á Dios sus oraciones. Que sepa el Credo por lo menos.

CLARA — Sí, Adolfo.

ADOLFO — Pero... ¿no comprenden Vds?

MERCEDES — Parece mentira, jamás pude sospechar que fuera capaz de negar á Dios. Eso es el colmo de la heregía.

ADOLFO — Yo no niego nada, pero...

MERCEDES .. ¿Qué?

ADOLFO — Hay muchos modos de ser creyente. Todos no piensan como Vd. Por aquí hay algo de respecto. (Hojea el libro)

MERCEDES — Ya me figuro: heregías.

ADOLFO — No .. Ya verá... por aquí, aquí está... aquí .. (Lee) « No está Dios so-
« lamente en el Cielo, sino junto á cada
« uno de nosotros: en la flor que pisa-
« mos, en el aire embalsamado, en la
« vida que murmura y zumba por to-
« das partes, y sobre todo en nuestro
« corazón ».

MERCEDES — Basta; no lea más. Ya me suponía cuales habían de ser sus lecturas. Esos son fanatismos, tú no debes escuchar, Clara.

CLARA — Pero basta, basta; no prosigan que que me hacen daño.

MERCEDES — Vé, vé, lo que ha conseguido: lágrimas y disgustos. Esa es su tolerancia.

ADOLFO — No me acuse; no me haga perder la calma. Yo no he cometido injusti-

cias; he respetado la fe de Clara, su devoción. Vea ese Cristo que lleva junto al pecho. El me justifica.

MERCEDES — Y todavía habla de Cristo! Mucho respeto por su imagen y hace un momento protestaba...

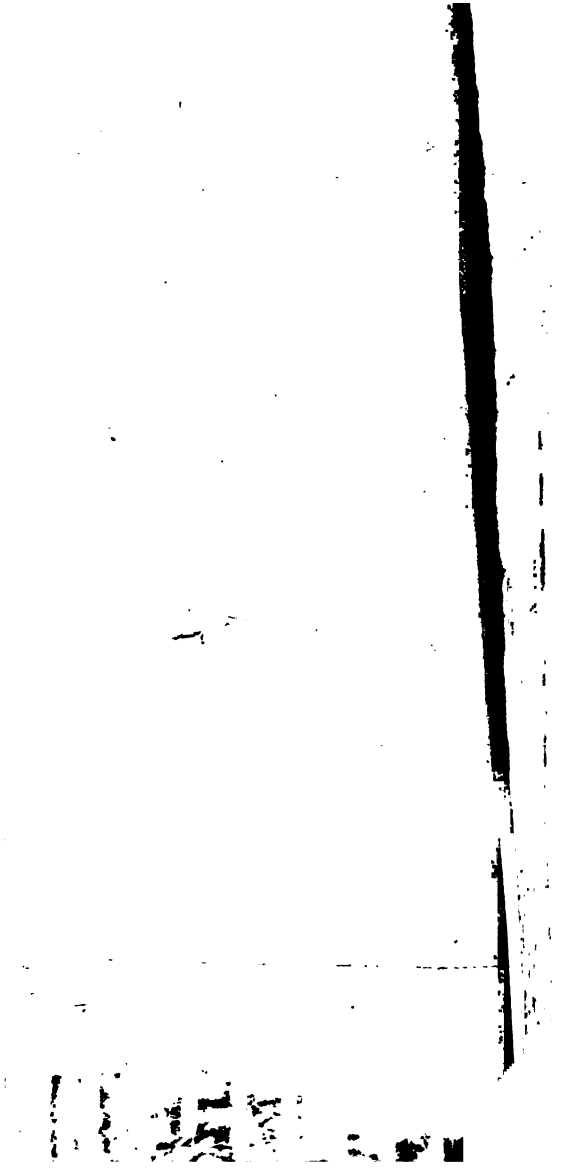
ADOLFO — No confunda señora, no confunda.

MERCEDES — ... protestaba, sí, porque le hablábamos del Cielo á ese angelito. Negará que Cristo dijo: «*dejad á los niños que vengan á mí*».

ADOLFO — Sí, es cierto. Y eso quiero precisamente. Quiero que vayan, que vayan... pero que no los lleven.

MERCEDES — Cállese; parece que no hubiera tenido madre.

ADOLFO — La tuve, sí, y bien creyente. Más de una vez mientras yo estudiaba, la sorprendí elevando sus oraciones en silencio, con devoción sincera. Así la quise más. (Transición) ¡Ah...! ¿por qué lo exigen todo de mí? Piénsalo bien, Clara; tú sabes que te quiero, que por ti soy capaz de todo. Entre nosotros no debe haber ni una sombra. Tantos que envidiarán el calor de nuestro nido! Mañana mismo hablaremos de estas cosas y verás, verás... (Va hasta el balcón, lo cierra y corre los visillos. Mercedes se acerca



á Clara, manteniendo el siguiente diálogo en voz baja y muy rapidamente).

MERCEDES — ¿Qué piensas hacer?

CLARA — Mañana...

MERCEDES — No ahora. Ya sabes que esta noche es necesario... Insiste... y cederá, por que te quiere. Tengo otro recurso.

ADOLFO — Bueno, hasta ahora; si viene Suárez no dejen de avisarme. (Va hacia el foro.

MERCEDES — Llámalo.

CLARA — No.

MERCEDES — Llámalo, te digo.

CLARA — Adolfo... escucha.

ADOLFO — ¿Qué? (Volviendo).

CLARA — Es para decirte que... Mamá te va á hablar.

ADOLFO — Veamos. (Pausa)

MERCEDES — Pues... ya que Vd. ha demostrado tan buena disposición de ánimo...

ADOLFO — No insista señora, no insista.

MERCEDES — No; estas cosas hay que arreglarlas de una vez. Nada de tapujos.

ADOLFO — Por favor!

MERCEDES — Escuche: Clara está dispuesta á hacer valer todos los derechos que le acuerda la consagración religiosa para educar á su hijo en las creencias que profesa.

ADOLFO — ¿Qué? ¿Los derechos?

MERCEDES — Sí, los derechos.

ADOLFO — Pero Clara... ¿es cierto?

CLARA — Yo te explicaré.

ADOLFO — ¿Es cierto?

CLARA — Mira, es que...

MERCEDES — Dí la verdad.

ADOLFO — Pero... ¿es cierto? (Con dureza)

CLARA — Yo...

ADOLFO — Basta, no hables, no digas nada. Ahora soy yo el que me rebelo; soy yo el que protesta. Basta de farsas. Basta de mentiras. Han conseguido volverme á la verdad de las cosas. Quieren guerra, pues guerra. Mucho tiempo he adormecido mis facultades, he estrujado mis ideas, he reducido mi voluntad de hombre libre, porque tenía ansias de cariño, de realidad afectiva. Pasó el miraje; este es el naufragio de mis ilusiones. (Se pasea agitado, exaltándose á medida que habla).

CLARA .. No Adolfo, no.

ADOLFO — Vds. lo han querido, han destruído mis esperanzas; pero queda en pie la idea pujante que quiere verdad, verdad... Tenía que suceder. Había claudicado cobardemente, me había entregado con docilidades indignas de mi entidad moral. Ahora me reconozco.

MERCEDES — ¡Qué barbaridad!

ADOLFO — Perfectamente. Yo también haré valer mis derechos de padre. Ahí hay una conciencia que Vds. quieren atar, estrechar, deformar, con los férreos lazos de una fe mentida. Pues bien, yo le ahorraré el dolor de romper sus ligaduras...

CLARA — Pero Adolfo, Adolfo, escúchame.

ADOLFO — (Con exaltación) Si no son Vds. solamente. Es todo el pasado, oscuro y falso que consuma su obra. Pero me opondré con todas las fuerzas de mi voluntad; no quiero tener la responsabilidad de haber sido cómplice. Vds. le enseñarán el Credo de los Cielos y yo el de la tierra, el de la vida, el salmo á la luz, á la savia que fecunda,... al porvenir. Quiero que sea un hombre libre, sano, sin prejuicios.

MERCEDES — Pero... qué blasfemia! ¿Será Vd. capaz?

ADOLFO — Sí, le enseñaré el verdadero credo. Sabrá rezar.

MERCEDES — ¡Qué heregía!

CLARA — Ah... perdóname, yo te diré... espera. (Suplicando)

ADOLFO — No, déjame, déjame. Voy á hacer lo que debo hacer. (Desde el foro). Vds. lo han querido... sea. (Mutis).

ESCENA X

Clara y Mercedes

CLARA — (Después de una pausa, sollozando). Todo todo... está perdido. (Siéntase frente á la mesa).

MERCEDES — No, hay que ser fuertes. Su exaltación es pasagera. Verás como vuelve.

CLARA — Mi felicidad; mi hijo!

MERCEDES — Cálmate, cálmate. ¿Te abandona la fe?

CLARA — No puedo más. ¡Mi hijo!

MERCEDES — Vamos no llores. Tranquilízate un rato y verás. (Recoge las medallas y el rosario) Prepárate para luego. Ya sabes lo que hay que hacer.

CLARA — Dios mío.

MERCEDES — Hasta ahora. (La besa). No llores. (Mutis derecha).

ESCENA XI

Clara, después Suárez por el foro

CLARA — (Permanece nn instante sollozando). No, no puede ser, Adolfo, Adolfo. (Sale por el foro, sintiéndose su voz que llama á Adolfo.

La escena queda sola unos instantes. Después entra el Dr. Suárez, se quita el sombrero y queda un momento callado frente á la cuna. Clara regresa y le habla desde el foro) Ah... es Vd. doctor.

SUÁREZ — Bien sabes que no los olvido. Estoy un poco viejo y cuando siento frío vengo hacia este paraíso.

CLARA — Nuestro paraíso... perdido.

SUÁREZ — Ah, sí. ¿Por qué no está Adolfo? Juventud impaciente; todo lo quiere de una vez!

CLARA — No. no; es horrible lo que pasa. Sólo Vd. puede salvarnos. Vd. que volvió á nuestro hijito á la vida, sálvenos, doctor.

SUÁREZ — Locuras, locuras de muchachos. Con nada se conforman. Alguna nubecita conyugal, eh? Quieres que yo haga de abuelo. Bueno, bueno, ¿donde está ese señor?

CLARA — Sí, llámelo pronto. Nuestra dicha se aleja.

SUÁREZ — No, Vds. se alejan de ella. **(Llama desde el foro)** Adolfo! Adolfo! **(Siéntase en una butaca)** Vamos á ver. Haré el día completo: medicinas para el cuerpo y para el espíritu. Vamos, vamos á ver...

ESCENA XII

Dichos y Adolfo por el foro

ADOLFO — (Nervioso) Oh... mi sabio profesor! (Trae unos papeles en la mano, Saluda á Suárez).

SUÁREZ — (Hablando muy reposadamente) Sí... por todo lo alto: Sabio! Muchacho, muchacho. ¿Pero qué te pasa? Estás nervioso, estás exaltado.

ADOLFO — Sí, se trata de mis esperanzas... todas por el suelo.

SUÁREZ — Ahí está: todo ó nada, cielo ó infierno. Locos, más que locos... (Pausa). Y yo que siempre espero... y confío.

CLARA — ¿Oyes, Adolfo? Tiene razón.

ADOLFO — Ya es tarde.

SUÁREZ — Tarde. ¿Por qué es de noche? Pero vamos, vamos á ver: ¿qué es lo qué hay? ¿Qué ocurre?

ADOLFO — Lo que ocurre es que se ha turbado la calma apacible de nuestro hogar con un empeño fanático. Aquí se quiere imponer, imponer sí, por todos los medios, un culto, con todos sus dogmas, sus ritos, sus rezos. ¿Quieren salvarnos á todos para la otra vida!

CLARA — Y tú quieres condenar á un inocente.

SUÁREZ — Ven, ven. Ya lo dije: cielo ó infierno! ¡Qué locura! (Pausa). ¿Quién es el condenado?

CLARA — El nene!

SUÁREZ — ¡Hum! Eso es más grave.

ADOLFO — Son Vds los que se empeñan, pero yo me opondré. Quiero que sea un hombre de conciencia!

SUÁREZ — ¡Un hombre de conciencia!

ADOLFO — Nada de misterios, inmortalidad, ni castigos divinos. Que sepa, que piense, que se acostumbre al culto de la idea...

SUÁREZ — ¡El culto de la idea!

CLARA — Doctor... usted.

ADOLFO — Sí. (á Clara) Contra vuestros rezos, contra vuestras oraciones á la nada, yo le enseñaré el verdadero Credo. Aquí, está, sí, aquí está.

SUÁREZ — ¡El verdadero Credo!

ADOLFO — (Leyendo apresuradamente) «...Creo en la verdad de la vida misma, creo en...

SUÁREZ — (interrumpiendo) Una duda (Mirando á la cuna) ¿Sabe leer?

CLARA — No, no.

SUÁREZ — Basta, no prosigas.

ADOLFO — Pero...

SUÁREZ — Con que un hombre de conciencia! ¿Sabes lo qué has dicho? ¿Sabes lo qué te propones? Bueno, continúa.

lo enfurecen, lo exaltan, lo acorralan á uno; lo oprimen dentro de un círculo de hierro... y tiene que estallar. (Siéntase junto á la mesita) ¡Qué confusión! ¡Qué injusticia!

CLARA — Doctor, Vd. puede salvarnos. Le creo todo, todo; porque le debo la vida de mi hijo.

ADOLFO — Sí, Vd. puede hacerlo.

SUÁREZ — Yo... no sé. Es muy grave .. eso.

ADOLFO — Más grave era la muerte y Vd. la alejó. Su ciencia encontró la fórmula para abatir el mal.

SUÁREZ — Mi ciencia! Entonces operábamos sobre carne viva; veíamos, palpábamos, investigábamos... ¡La fórmula! Ese afán de concretarlo todo, de aprisionarlo todo: las ideas, los sentimientos, lo que vendrá... Somos incorregibles. (Pausa). ¿Duerme?

CLARA — Sí, ahora sí. Con nuestras disputas no lo habíamos dejado.

SUÁREZ — Ah... los sueños! Si ustedes supieran!

ADOLFO — ¿Qué?

CLARA — Hable doctor!

SUÁREZ — Escucha, Clara: Si yo ahora por medio de una influencia extraña, turbara su reposo... y le produjera sue-

ños, arrobamientos, pesadillas ¿qué dirías?

CLARA — Eso no es posible... pobrecito.

SUÁREZ — ¡Ah! ¿Y qué harías tú Adolfo, si lo despertara de pronto, bruscamente, sacudiéndolo con fuerza? (Pausa) ¿No contestas? Claro! Lo natural es arrojarlo, cuidarlo, vigilarlo...

Frente al dolor he visto almas al desnudo, vidas en transparencia. (Clara y Adolfo se acercan á Suárez, interesados por sus palabras. Este continúa lentamente). Hombres débiles, cobardes, llorando como... los niños cuando se les asusta con cuentos de brujas, infiernos y dragones. Otros delirando con grandezas, cielos, paraísos, insensibles hasta para el mismo mal que los rodea... en éxtasis... *como los niños* también, cuando despiertan radiantes, recordando al príncipe y las hadas que le hablaron al oído en un arrullo... Unos adustos, graves; otros taciturnos, ingenuos, alucinados. Pensé en las cunas más de una vez. Me parecía que todavía estaban meciéndose... Piénsenlo Vds. también. Que duerma, que duerma mucho. Lo reclama su cuerpecito tierno y su... *conciencia*, Adolfo, que empieza á desplegar sus alitas, su fuerza, su vigor. Eleven sus

oraciones junto á él, pero en voz baja, en silencio, para no violentar su sueño.

ADOLFO — ¿Entiendes, Clara?

CLARA — Sí.

SUÁREZ — Cuando despierte...

ADOLFO — Ah... eso; eso es lo que queremos saber; nuestro deber.

CLARA — Sí... eso.

SUÁREZ — Otra vez ¡la fórmula! El primer deber...

ADOLFO — Sí; que ideas, que creencias, que...

SUÁREZ — Eso es más grave, yo no alcanzo...

CLARA — Sí doctor, háblenos.

ADOLFO — Sus opiniones, su Credo.

SUÁREZ — ¡Mi Credo! Aun no podria traducirlo..

ADOLFO — Pero nuestro deber... para el porvenir.

SUÁREZ — ¡El porvenir! Yo no sé.

ADOLFO — Pero Vd. qué haría?

SUÁREZ — ¡Yo...!

CLARA — ¡Ah (Gesto de desaliento, igual que Adolfo. Pausa).

SUÁREZ — Escuchen. (Con mucha calma, sonriendo) Conozco una quinta, una huerta, un sembrado. El viejo propietario la heredó de sus mayores. Aquello es su vida. Los manzanos florecidos parece que se inclinan saludando su paso,

cuando se dirige con la azada hacia el sembrado. Ha recogido muchas cosechas: ¡siempre sonriente! Riega, riega los surcos y cuida con amor el fruto que madura. Su azada cae y cae, no como un golpe... como una caricia. Destroza los yuyos, aparta la maleza ¡Hay algo que palpita, que empieza á vivir! Los tallos, brotan tiernos de la tierra, como sentimientos de almas buenas. Y crecen y crecen, hasta que las espigas maduran, meciéndose ondulantes, surgiendo gallardas frente al espacio, como ideas que se agrupan frente á un enigma... Y los cuida, los riega, los mima, con amor, con ternura. A veces se detiene en su labor é interroga hacia lo alto con verdadera unción: El cielo... lo infinito... ¡Dios!... ¿Su oración? No sé. El viejo sonríe, y se inclina nuevamente sobre el sembrado, apartando brezos, destruyendo maleza y regando, regando con afán al fruto, que crece agradecido á la amorosa lluvia... ¿Algo desciende de lo alto? No sé. Los frutos son sanos y vienen otros y otros, como nuevos sentimientos, como nuevas ideas... mientras la azada sigue cayendo sobre el surco, como una caricia... ¡El primer deber! Que sea sano.

que sea bueno. Míren arriba si quieren-
pero pongan toda la ternura en su cuida,
do (señala la cuna) mientrasduerme, mien-
tras fecunda como un fruto... (Pausa).

ADOLFO — ¿Y cuando despierte?

SUÁREZ — Amor y siempre amor... Que los vea abrazados, estrechamente, sonriendo sobre su cuna, como una bendición, como un ejemplo; como el viejo de la huerta, que riega, riega y (emocionado) acaricia el surco...

CLARA — Sí Adolfo... sí... (Posando las manos sobre sus hombros).

ADOLFO — Clara!

SUÁREZ — Después...

ADOLFO — ¿Qué?

SUÁREZ — Abran bien las ventanas para que entre luz, aire, para que se vea la pureza del cielo, el brillo del sol y se sienta el ruido de la calle, de los que luchan...

CLARA — ¡Y si pregunta!

ADOLFO — ¡Si interroga!

SUÁREZ — Entonces... entonces... le dicen lo que se cree, lo que se piensa... lo que se sabe. Y besos!

CLARA — Lo que se cree...!

ADOLFO — Dudará.

SUÁREZ — Dudar! Y Vds. que me interrogan, y yo que no sé... (Con gran convicción)

En algo se cree, cuando se duda sinceramente, amorosamente, *religiosamente.*

ADOLFO — Entiendes, Clara?

CLARA — Sí... Y tú... ¿Comprendes?

ADOLFO — Comprendo. (Sin gestos y con calma, rompe los papeles y los tira al suelo. Después va hacia Clara y le estrecha las manos en silencio).

SUÁREZ — Bien, bien. (Pausa) Y ahora nosotros á donde nos esperan: á aliviar, á consolar.

ADOLFO — Sí, vamos.

SUÁREZ — Adiós Clarita. (Dándole la mano).

CLARA — Gracias... gracias.

SUÁREZ — Bah... bah... (Se encamina hacia el foro con Adolfo seguido por Clara. Desde allí se vuelve y dice). ¡ Cuando despierte!

ESCENA XIII

Clara, después Mercedes por la derecha

(Clara queda un momento junto á la puerta del foro. Después va hacia el balcón, levanta los visillos y hace señas saludando á Suárez y Adolfo que se alejan. La campana de una iglesia próxima toca oración. Al sentirlo, Clara se arrodilla y se persigna. Después cruza frente á la cuna dirigiéndose hacia la mesita. Al ir á bajar la luz repara en el

libro. Simula leer muy breves instantes. Después amortigua la luz y se coloca frente á la cuna).

MERCEDES — (Trae en una mano las medallitas y escapularios y señala al niño. Suena la campana nuevamente. Se oirá el tañido hasta el final). Escucha, escucha: la oración. Ahora... ya sabes.

CLARA — (Volviéndose y con firmeza) No, no.

MERCEDES — Sí, ahora, mujer.

CLARA — He dicho que nó. (Despacio). Está dormido.

MERCEDES — (A media voz) Es que .. yo tengo que irme.

CLARA — Bueno... vete.

MERCEDES — ¿Y esto?

CLARA — Déjalos. Ahora no. (Mercedes deja las medallas en la mesita y se encamina al foro).

MERCEDES — Pero...

CLARA — (Seña de silencio) Schisst...! (Indica con el gesto que el niño va á despertar)... No ves... (Mutis de Mercedes, Clara se sienta junto á la cuna, la mece lentamente y canta muy despacio:

« Arrorró, mi niño
arrorró, mi sol,
arrorró pedazo
de mi corazón ».

Telón lento.

Montevideo, Octubre de 1908.

Con el presente volúmen, esta casa editora inicia la publicación de la BIBLIOTECA TEATRO URUGUAYO, *por medio de la cual tratará de dar la mayor difusión posible á la obra de los escritores nacionales.*

En la realización de dicha empresa, no se omitirá sacrificio alguno, abrigando la esperanza de que la iniciativa encontrará favorable acogida en el público, desde que tiende á formar mayor ambiente para la producción de la intelectualidad uruguaya.

Dentro de breve tiempo, pues, se publicarán otras obras que han tenido éxito halagüeño en los escenarios y algunas inéditas cuyos originales ya se han dado á las cajas.

O. M. Bertani,
Editor.

DATE DUE

STANFORD UNIVERSITY LIBRARIES
STANFORD, CALIFORNIA 94305-6004